Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

IV – La cabalgada de los Hijos de Isma'il

18 – La galopada de los isma'ilíes

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2019
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

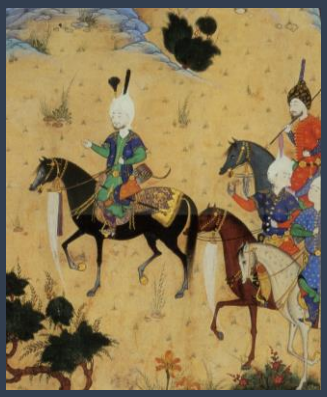
Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.
www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

18 – La galopada de los isma'ílies



En cuanto al rey El-Sâleh Ayyûb, pues habéis de saber que un día en que se hallaba en su Consejo, en presencia de los prohombres del reino y de los más altos dignatarios, las lágrimas desbordaron sus ojos a raudales, e inundaron sus mejillas.

- *Allâh* –suspiró el sultán–, ¡Oh Tú, que durarás eternamente tras desaparecer Tus criaturas!

- *Amân*, oh poderoso rey, ¡ojalá y que yo pueda servirte de rescate! –le dijo el visir Shâhîn–. ¿Qué le conmueve de esa forma al Comendador de los creyentes? ¿Puede Dios convertir esa pena en un bien?

- Hâch Shâhîn, estoy preocupado por ese valiente guerrero de Dios, el capitán Jamr, el sultán de las montañas; hace ya mucho tiempo que no tenemos noticias suyas. Ayer yo le vi en mis sueños, y creo que su hora ha llegado y ha entregado su alma a la misericordia de Dios.

No había terminado de decir esto, cuando el portero se apartó de la entrada y dio paso al emisario de Yânisa. Éste hizo una profunda reverencia ante el rey y le entregó la misiva. El-Sâleh se la pasó al secretario del Consejo, para que la leyera en público. Éste último, rompió los sellos del pergamino y leyó el siguiente mensaje:

"En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.

De parte del humilde servidor de Dios, Abd El-Samad, rey de Yânisa Dhât El-Qashâtîn, al rey del universo, El-Sâleh Ayyûb.

Tenemos el honor de informar a su majestad, el servidor de los Santos Lugares (Dios le colme son Sus bondades) de lo que le ha sucedido al capitán Jamr.

Éste, después de llegar a nuestra tierra y liberar a todos los prisioneros, recibió nuestra conversión al Islam, y en la actualidad, todos nuestros súbditos se han convertido en musulmanes, desde el más humilde al más poderoso.

Pero un día, mientras el capitán Jamr vivía con nosotros, salió una mañana temprano y se marchó a las afueras de la ciudad para darse un baño; fue entonces, cuando le atacaron dos panteras mientras se bañaba desnudo, y así sucumbió. Nosotros nos hemos apresurado a poner en conocimiento de tu alteza esta noticia.

Por lo demás, pueda Dios acordarte larga vida, por intercesión del Profeta."

Y el narrador siguió de este modo…

Nobles señores, ante esta noticia, todos los allí presentes lloraron al capitán Jamr, y el rey, con la voz estrangulada por la emoción, exhaló un profundo suspiro y se deshizo en lágrimas. Pero el cadi Salâh El-Dîn, creyó morirse de rabia al enterarse de la

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

conversión del rey y de todos los habitantes de Yânisa. Y volviéndose hacia Aïbak, le susurró al oído:

- ¡Ay, mi querido emir, si al menos hubiera sido Baïbars, en lugar de Jamr, el que hubiera muerto…!

El rey dio permiso al emisario para que se marchara, tras haberle recompensado. Éste último partió hacia Alejandría, desde donde embarcó en el navío que le había traído, y regresó a Yânisa.

- Hâch Shâhîn –continuó el sultán–, ese Jamr es muy afortunado: gracias a él, la gente de Yânisa se ha salvado de la impiedad y ha sido guiada por el buen camino. Escribe, hermano, escribe una carta para la gente de Sahyûn, para prevenirles; adjunta también el mensaje del rey Abd El-Samad.

- Escucho y obedezco –respondió el visir, tomando la pluma en el acto.

Una vez redactada la carta, se la confió, junto con la otra misiva, al correo del rey, Ahmad Ibn Bazdaghân, que de inmediato subió a su montura y, quemando etapas, no tardó en llegar a Sahyûn.

Cuando llegó al castillo, Maarûf, Ismaïl y los lugartenientes de Jamr se encontraban justo en ese momento en la gran sala, evocando el viaje del capitán Jamr; al oír la voz del mensajero, ordenaron que le hicieran pasar y darle audiencia en el acto.

El mensajero se presentó ante Maarûf, al que besó la mano y entregó la carta. Éste la cogió, rompió el sello, y se puso a leer el mensaje del rey el-Sâleh, que le presentaba sus condolencias por la muerte de su padre, y les informaba de todo lo que había sucedido en Yânisa.

Al terminar Maarûf de leer la carta, lanzó un terrible alarido y se desplomó por tierra, desvanecido; lo mismo le sucedió a su hermano Ismaïl; los lugartenientes estallaron en sollozos y se fueron enseguida a rasurarse las trenzas de su cabello en señal de duelo. Muy pronto la ciudadela quedó conmocionada por la noticia; todo eran llantos y gemidos; gritos e imprecaciones se elevaban por doquier.

Al ver el giro que tomaban las cosas, Ahmad Ibn Bazdaghân reunió a sus hombres a toda prisa.

- ¡Vayámonos a toda prisa! –les dijo–. ¡En cinco minutos se nos van a echar encima y nos destrozarán!

Y sin esperar más, tomó el camino de regreso para poner al corriente al rey.

En cuanto a la gente de Sahyûn, dejando a un lado toda contención, se libraron a dar suelta a su furor y tristeza. Las seis hijas de Jamr se cortaron el cabello y se arañaron la cara, yendo a buscar a sus hermanos Maarûf e Ismaïl, que ya habían vuelto en sí.

- ¡Ay! ¡qué desgracia la nuestra! ¿qué vamos a hacer sin ti, padre? –gemían las hermanas.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Ah! ¡qué desdicha! –exclamó Ismaïl– ¡Así pierdan su fuerza para siempre las garras de las panteras que te atacaron, oh, padre mío!

Y mientras decía esto, se abofeteaba la cara y rasgaba sus vestiduras, cubriéndose la frente[1] de polvo.

Pero en ese momento, Maarûf se le acercó y le dijo:

- Ismaïl, hermano mío, todo esto no nos dispensa de vengar nuestro honor y lavar la afrenta que se nos ha hecho. Vamos, en pie, hay que reunir a los hombres.

Y el narrador continuó de este modo…

Y entonces guardaron luto durante siete días, sin probar un solo bocado, ni descansar un ápice. Al octavo día de la llegada de la carta, los jefes del clan se reunieron en consejo.

- Muchachos –dijo Maarûf–, ¡yo os digo que los de Yânisa son unos falsos conversos y unos hipócritas! ¡Ellos son los que han traicionado a nuestro padre y le han asesinado!; ¡pero, con eso, han firmado su sentencia de muerte! ¡No queda otra! ¡Vayamos a arrasar Yânisa; pasemos a todos sus habitantes a cuchillo; a hombres, mujeres y niños!

- ¡Claro que sí! ¡No vamos a quedarnos cruzados de brazos mientras nuestro capitán reclama venganza! ¡Todos a una, aunque allí tengamos que dejar la vida!

Y el narrador continuó de este modo…

Jamr tenía siete lugartenientes, en los que tenía depositada toda su confianza. Su jefe era Darrâj el Sordo, hijo de Hawlâ; luego estaban Asad El-Dîn el Ceñudo, Hasan El-Horâni, Dibl El-Baysâni, que dominaba sobre el Ghôr y el Baysân[2], Dâgher el Cabezota, Kâser el Águila, y Nachm El-Dîn el Celoso. Estos siete mandaron a sus hombres a lo alto de las montañas para encender las hogueras de la guerra. Pues esa era la costumbre de los *fidauis*[3], que cuando prendían las hogueras de la guerra, toda Siria y la costa se ponían en alerta. Todos los que veían los fuegos, fueran o no *fidauis*, encendían a su vez otra hoguera en lo más alto de la montaña que tuvieran más cerca; luego, reunían a sus tropas, montaban a caballo y se dirigían hacia Sahyûn.

---

[1] Estas manifestaciones particularmente violentas de duelo, aunque no son ni mucho menos excepcionales, son mal vistas por numerosos musulmanes, que ven en ellas un cierto reproche a la divinidad. Aquí, estas peculiaridades, el narrador las exagera loa más posible para señalar lo rústicos y salvajes que eran los Ismailíes.

[2] El Ghor es la depresión de terreno que se extiende entre el lago Tiberíades y el Mar Muerto; Baysân es su ciudad más importante. Dibl El-Baysâni ya ha aparecido en esta saga, en compañía de su compadre Hasan el-Horâni (Ver "Las infancias de Baïbars"). Hasan y Dibl son ambos los yernos de Jamr.

[3] Ese término, que puede traducirse como "voluntarios para morir" designa en la saga, a los guerreros independientes, de uno y otro bando. En algunos casos, sería algo así como "aventureros" o "forajidos".

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

En cuanto se divisaron las fogatas de guerra en Alepo, Hasan El-Qassâr se puso en camino con sus hombres y se llegó hasta Ma'arrat El-No'mân, en donde se enteró de la muerte en Yânisa del capitán Jamr. Y con el corazón, henchido de cólera y tristeza, se puso en ruta hacia Sahyûn.

Desde los abismos del Hôrân, hasta los nidos de águila de Madraj y de Sîs, los fidauis descendían de sus montañas; desde Sbaybeh y de Qadmus, avanzaban los Adraïtas[1]; mientras los Awâmir[2], salían de sus fortalezas. Vestidos de negro, en señal de luto por su jefe Jamr, llegaban a Sahyûn de todas partes, extendiéndose por montes y valles.

Transcurridos diez días, y puesto que todo el mundo ya había llegado, los jefes de los clanes se reunieron en la ciudadela, en torno a Maarûf, para deliberar.

- Amigos –les dijo Maarûf–, ¿cómo podríamos ir hasta Yânisa? Porque ese país está muy lejos del nuestro, y si vamos por tierra, ¡no llegaríamos ni en tres meses!

- *Jawand* –respondió Ya'aqûb, sultán de los Adraïtas y de los Awâmir–, lo más sencillo sería empezar conquistando Trípoli: matamos al rey, cogemos sus naves, que están en el puerto; embarcamos, y ¡en un abrir y cerrar de ojos nos presentamos en Yânisa!

- Capitán –intervino Maarûf–, no creo que en Trípoli haya tantos navíos como para embarcar a todos nuestros hombres. Pero, espera, se me ha ocurrido otra idea; mejor nos vamos por tierra a Constantinopla y la asediamos. Y si el emperador Micael[3] nos presta su flota, ¡pues arreglado el asunto, y mejor para él! Pero, si nos la niega, tomamos la ciudad al asalto, se la ofrecemos como regalo al pillín de El-Sâleh, y nosotros nos quedamos con los barcos, porque allí hay tantos como se quiera y aún más. ¿Qué me decís?

- ¡Bien pensado! –respondieron todos a una– No vale la pena romperse más la cabeza; no vamos a encontrar una idea mejor.

Una vez acordado el plan, se dispersaron y, al día siguiente, al son de tambores y trompetas, montaron a caballo, desplegando sus estandartes.

A la cabeza marchaba Maarûf, rodeado de cuarenta lugartenientes; detrás la oriflama del Imán Ali, que sostenía el gran *bayraqdâr*[4], el valeroso Asad El-Dîn el Ceñudo, flanqueado por su hermano Yamâl El-Dîn Cortacabezas. Inmediatamente venía el capitán Ya'aqûb, sultán de los Adraïtas, con sus dos hijos, Fadl El-Dîn y Alay El-Dîn,

---

[1] En esta saga, los Adraïtas aparecen como parientes lejanos de los Ismailíes; con los que en general mantienen buenas relaciones. Es difícil determinar con precisión a qué corresponden en la realidad: algunos elementos sugieren una posible parentela con los Drusos de Siria, pero esto no es más que una hipótesis. Los términos topográficos que nos ofrece el narrador son difícilmente utilizables para sostener esta hipótesis. La ciudadela de Sbaybeh, en las pendientes del monte Hermon, se encuentra al sur, cerca de la actual frontera siro-líbano-israelí; en cambio, la de Qadmûs –en manos durante mucho tiempo de los Ismaïlíes– está situada al norte de Siria.

[2] Los Awâmir, que parecen ir emparejados, en esta saga, con los Adraïtas, podrían ser tal vez del clan de los 'Amir, que durante mucho tiempo dominaron a los Drusos de Siria; pero, también esto no deja de ser una hipótesis.

[3] Numerosos emperadores bizantinos han llevado ese nombre. El narrador parece que lo haya tomado un poco al azar, como suele hacer casi siempre que se trata de los nombres francos.

[4] En turco-persa, portaestandarte.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

asimismo rodeados de sus oficiales, hombres de Sbaybeh y de los Awâmir; su estandarte era de seda blanca, con franjas bordadas en oro y pedrería.

Se pusieron en marcha y, de esta guisa, atravesaron los reinos francos de la costa; sus reyes venían a rendirles humildemente pleitesía, acompañados por sus barones, para preguntarles qué se les ofrecía.

- No temáis, *babb* –les respondió Maarûf– solo estamos de paso; vamos camino de Constantinopla, a ver al emperador Micael, hijo de Constantino, para pedirle unos navíos.

Luego, contentándose con aceptar forraje y provisiones, se pusieron de nuevo en marcha.

Pronto llegaron a Gálata[1], y el rumor de su aparición por allí, corrió rápidamente hasta los oídos del emperador Micael. Todo el país andaba sobresaltado; pues había más de seiscientos mil[2] *fidauis*, y al paso de sus caballos, temblaban las montañas.

Micael, medio muerto de miedo, convocó a toda prisa a sus consejeros, visires y barones.

- ¡Y bien! Nobles de Constantinopla –les dijo–, ¿os habéis enterado ya de qué va esta nueva catástrofe?

- Sí, *babb* –le respondieron–. Ayer se propagaron los rumores de que todos los musulmanes que habitan las montañas de Siria venían hacia nosotros. Son esos famosos forajidos cuya reputación hace temblar al universo.

Entonces, el gran visir tomó la palabra; pues él dirigía la política del Estado. Se llamaba Abd El-Ahad.

- Oh, *babb* –le dijo–, para que se hayan reunido de esa manera, es menester que les haya sucedido algo fuera de lo normal. Pienso que van a Yânisa, pues hace unos días, me enteré, por un correo procedente de Suwaydiyyeh[3], que a Jamr, su sultán, lo habían matado allí, y que estos forajidos tenían la intención de ir a vengar su muerte. Así que, supongo que no han venido hasta aquí más que para pedir unos navíos; nada que nos pueda inquietar.

- ¡Que el Cristo te recompense, visir, porque tus palabras nos han tranquilizado! –suspiró Micael–. Si sólo vienen a por barcos, e incluso dinero, ese sería un mal menor.

Y en el acto, montó en su cabalgadura, acompañado de los grandes de su reino, y fue al encuentro de los *fidauis*, que habían montado su campamento bajo las murallas del Gálata. Cuando llegaron a las primeras tiendas, echaron pie a tierra, se pusieron una cuerda al cuello y, en alta voz, suplicaron que se les acordara gracia.

---

[1] Barrio de Constantinopla.
[2] Es evidente que esa cifra está monstruosamente exagerada, pues en esa época, incluso los ejércitos más numerosos, no tenían más allá de unos cuantos miles de hombres; aparte de la imposibilidad de alimentar a tal ejército.
[3] Puerto de Antioquía, en la desembocadura del Oronte.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Alertado Maarûf, vino a recibirles en compañía de su hermano Ismaïl y de los jefes de clan más importantes.

- ¡No tingas[1] miedo, mi piqueño *babb*! –le dijo–. No'stamos aquí por hacer daño a nadie. Y si nuestro rey, el piqueño de El-Sâleh, hubiera tinido barcos, ¡de seguro que no habríamos vinido hastaquí! Yo querríamos que tú nos pristaras algunos navíos para ir a Yânisa Dhât El-Qashâtîn; y te los divulveremos después, si el buen Dios nos da la victoria y que yo podamos volver sano y salvo.

- ¡A tus órdenes, señor! Y si no tienes bastante con mi flota, yo me comprometo a reunir más navíos de todos los puertos de los *Cristiani*. Resumiendo, mi reino, mis tesoros y mi ejército, ¡qué digo yo, mi vida misma! Están enteramente a tu disposición.

- ¡Que el buen Dios ti colme de bindiciones, mi piqueño rey! Pero yo no tinemos tiempo para todo eso; yo tinemos mucha prisa.

- Vuelo y corro ahora mismo –respondió Micael.

Hizo que les trajeran rápidamente forraje y víveres, y prepararon un gran banquete; vamos, que les reservó una acogida digna de reyes. Tras lo cual, convocó a su *capitán*, el jefe de su flota, que se llamaba Tarbís, y le ordenó armar los navíos que se encontraban en las dársenas de Constantinopla y de Gálata, y que hiciera venir a todos los que se hallaran en los puertos vecinos. De ese modo reunió en la rada de Constantinopla, cuatrocientas cincuenta galeras, pimpantes, como recién casadas, y sólidamente armadas de cañones y bombardas[2].

Una vez terminados los preparativos, Micael se fue a ver a Maarûf.

- Capitán –le dijo–, permíteme que envíe a mi ejército con vosotros, para que os sirva de refuerzo contra vuestros enemigos.

- ¡No mirece la pena que ti tomes tanto trabajo, mi geniroso rey! Mi padre, no era ya tan joven, y aún así, se pelió él solo contra todos ellos durante siete días, liberó a doce mil cautivos a punta de espada, y luego les hizo musulmanes. Así que, imagínate, si seiscientos mil, no siremos capaces de arrasar hasta las montañas, ¡con permiso del buen Dios!

El emperador Micael se quedó pasmado, y se decía para su coleto:

- ¡Loado sea el Eterno, menos mal que estas gentes no traen malas intenciones contra nosotros!

Maarûf ordenó entonces que comenzaran a embarcar; se instalaron las pasarelas, hicieron descender todo el avituallamiento y a los caballos al fondo de la bodega, luego se repartieron entre los navíos, encomendando su alma al Señor Todopoderoso. Los marineros izaron anclas, desplegaron velas y partieron hacia alta mar, en donde las olas se levantan… Más tarde hablaremos de esto, cuando llegue el momento; mientras tanto,

[1] Aquí intentamos reproducir la manera especial del habla de los fedayines.
[2] Esas referencias a las armas de fuego y en particular a los cañones, bastante frecuentes en la saga, son, evidentemente, anacrónicas.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

que aquel que admire la belleza del Profeta elegido no deje de clamar sobre él la oración y el saludo.

**** **** **** **** ****

Próximo relato de "La cabalgada de los Hijos de Isma'il" ...

19 - "La rebelión de Haybat El-Massîh"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6